



Gustavo Adolfo Bécquer

El Duque de Rivas

Apunte biográfico

POETA y soldado a la vez, como Cervantes, como Lope, como Ercilla y como tantos otros egregios varones, orgullo del Parnaso castellano, el Duque de Rivas, cuya muerte deploramos hoy, mantuvo en la historia de nuestra literatura la gloriosa tradición de aquellos peregrinos ingenios españoles, verdadera encarnación de nuestro espíritu nacional, que así manejaban la pluma como la espada.

Quisiera disponer de bastante espacio y tener el talento suficiente para trazar, adornándolo con las galas del estilo, el brillante cuadro de su existencia, desarrollando unas tras otras sus escenas desde los tiempos en que, joven e inflamado su espíritu por el amor patrio, regaba con su sangre los campos de Ocaña, hasta la época en que, lejos ya del tumulto de los combates y de las agitaciones de la vida pública, levantaba un monumento indestructible a nuestras glorias nacionales con su Romancero histórico.

Al escribir lo que ni aun me atrevo a llamar bosquejo biográfico del excelente poeta cuyo nombre sirve de epígrafe a estas líneas, me limitaré a consignar algunas de las fechas más notables de su vida.

Don Ángel Saavedra, el popular autor de Don Álvaro, nació el 10 de marzo de 1791, en Córdoba, y fueron sus padres don Juan Martín de Saavedra y Ramírez, duque de Rivas, y doña María Dominga de Baquedano y Quiñones,

marquesa de Andía y de Villasinda. Siguiendo la tradición constante en las casas más ilustres, de dedicar a los hijos segundos bien a la carrera de la Iglesia o de las armas, los padres del popular poeta, que se hallaba en este caso, hubieron de pensar desde muy temprano en enderezarle por este último camino, pues cuando apenas contaba algunos meses ya habían conseguido para él la bandolera de guardia de Gorps y el título de caballero de justicia de la Orden de Malta.

Los primeros años de su vida los pasó en la hermosa ciudad donde había nacido, y en la cual estuvieron encargados de su educación literaria y artística Mr. Tostin, canónigo francés, emigrado de su patria a causa de los disturbios políticos que la agitaban por aquella época, y Mr. Verdiguer, escultor notable, que por las mismas razones se había establecido en Córdoba.

A la muerte de su padre, ocurrida en 1802, y en Madrid, adonde se había trasladado con toda su familia, ingresó en el Seminario de nobles, donde logró distinguirse, dando muestras de las felices disposiciones de su talento, no sólo en los diferentes estudios a que se dedicaba, sino en algunos recomendables aunque tímidos ensayos literarios.

Pero «la época no era de poesía, era de armas», dice uno de sus biógrafos al llegar a este punto de su vida. En efecto: la época no era de poesía escrita, de esa poesía que nace en el silencio del gabinete al calor de la inteligencia como una hermosa y delicada flor del ingenio; era época de grandes pasiones que exaltaban los espíritus; época de transtornos, de peligros y de combates; época de poesía en acción; época, en fin, la más adecuada para desarrollar en la mente de los hombres destinados a romper más tarde las enojosas trabas de la poesía de academia, los, gérmenes de la grande, de la verdadera, de la tradicional poesía española.

La guerra de la Independencia había comenzado. Los héroes que habían de escribir con su sangre tantas y tan brillantes páginas de nuestra historia hacían frente a los invasores, cuando henchida el alma de noble ardimiento, don Ángel Saavedra, acompañado de su hermano mayor, entonces duque de Rivas, fue a reunirse con los valientes que peleaban en defensa de la patria.

Las orillas del Ebro, las llanuras de León y los campos de Alcalá fueron testigos de los diferentes combates en que ambos hermanos se distinguieron peleando esforzadamente, aunque con adversa fortuna. Por último, don Ángel cayó herido mortalmente en la desgraciada acción de Ocaña, en cuyos campos fue recogido, durante la noche, de entre los muertos, y transportado a un pueblecillo de las cercanías, donde aun postrado en el lecho escribió el bellísimo romance que comienza:

Con once heridas mortales,
hecha pedazos la espada,

uno de los más sentidos y populares de su autor. El soldado, como se ve, no dejaba en ninguna ocasión de ser poeta.

Retirado a Córdoba para restablecer su salud, tuvo que abandonar también esta ciudad para refugiarse en Cádiz, cuando, forzado ya el paso de Sierra Morena, se derramaron los franceses por Andalucía. En Cádiz tuvo ingreso en el Cuerpo de Estado Mayor, y sin descuidar los trabajos

facultativos propios de su carrera, prosiguió cultivando la poesía y la pintura.

En esta ciudad comenzó los resúmenes de la guerra de la Independencia, redactados sobre los partes oficiales; escribió en un periódico militar; dió a luz un folleto en defensa del Cuerpo a que pertenecía y compuso la cabaleresca poesía histórica titulada El paso honroso.

Concluída la guerra, y siendo ya coronel efectivo, se retiró a Sevilla, donde reunió algunas de sus poesías, dándolas a luz en dos tomos.

Por este mismo tiempo escribió para el teatro las tragedias Ataulfo, Miatar, Doña Blanca, El Duque de Aquitania, que no llegó a representarse, y, por último, Maleck, Adhel, la más notable de todas ellas. Elegido, en 1822, diputado a Cortes, interrumpió, para ocupar su puesto, un viaje que había comenzado con objeto de estudiar, por encargo del Gobierno, los establecimientos militares de los principales países de Europa. En el Parlamento, donde sostuvo ideas muy avanzadas, logró hacerse aplaudir por sus discursos políticos obteniendo un gran éxito con el que pronunció aprobando la conducta observada por el general San Miguel, respecto a los Gabinetes extranjeros que formaron la Santa Alianza.

En esta época, en que principalmente se ocupaba de política, escribió la tragedia titulada Lanuza.

Los sucesos políticos le obligaron, en 1823, a emigrar a Inglaterra, donde se reunió con otros muchos hombres notables que por las mismas causas tuvieron que alejarse de su país.

A bordo del buque en que abandonó las costas españolas escribió la composición titulada La despedida, en que se revela su verdadero carácter poético, original y espontáneo.

En Londres compuso la sátira, aún inédita, titulada Un peso duro, el poema titulado Florinda y El sueño de un proscrito.

Durante la emigración contrajo matrimonio con la distinguida señora, hoy duquesa viuda de Rivas, y en compañía de su joven esposa, y después de haber vagado algún tiempo por Italia, se fijó en Malta.

En este punto contrajo amistad con varios hombres notables, y muy particularmente con Mr. Frere, embajador que había sido de Inglaterra en España, y persona ilustradísima, a quien nuestro poeta debió el conocimiento de los autores clásicos ingleses y alemanes, con cuya lectura se ensanchó el horizonte de su genio.

El período que permaneció en esta isla fue uno de los más fecundos de la vida del ilustre literato.

Allí escribió su notabilísima composición que lleva por título El faro de Malta; allí compuso la comedia Tanto vales como tienes; la tragedia Arias Gonzalo, y concibió y llevó a feliz término una de sus obras más reputadas y notables: El moro expósito.

De Malta pasó a París y de París a Orleans, donde vivió algún tiempo con los recursos que le proporcionaba la pintura, arte en que sobresalió lo bastante para producir algunas obras apreciadas por los inteligentes. De Orleans se trasladó a Tours, punto en el cual estuvo algún tiempo en compañía de Alcalá Galiano, antiguo amigo suyo y compañero de emigración en Londres; de Tours salió para fijar de nuevo su residencia en París. En la capital de Francia trazó el plan de Don Álvaro y lo escribió en prosa.

Abiertas las puertas de la madre patria para los emigrados, a la muerte de Fernando VII, don Ángel Saavedra volvió a España, después de diez años de ausencia. Los cuidados de la política empezaron de nuevo a ocupar su espíritu.

Después de fundar El Mensajero de las Cortes, heredó, por muerte de su hermano, el título de duque de Rivas, y por derecho propio fue a tomar asiento en la Cámara de los próceres. No obstante, en esta ocasión, como en todas, los ocios de sus tareas políticas los dedicaba al cultivo de la literatura, versificando y corrigiendo el Don Álvaro, cuyo éxito al representarse eclipsó la fama de todas sus anteriores producciones.

Al formarse el ministerio Istúriz, los compromisos contraídos le obligaron a aceptar la cartera de Gobernación, puesto que desempeñó con honradez y con celo, hasta que los acontecimientos de la Granja y la revolución, que fue su consecuencia, le obligaron a buscar en Portugal un refugio contra sus enemigos.

El Duque de Rivas había nacido para poeta; como poeta pudo ser soldado; pero no hombre político.

En Portugal escribió algunos de sus Romances históricos, ocupándose sólo de trabajos literarios, hasta que al promulgarse la Constitución de 1837 volvió a España para tomar asiento en el Senado.

En esta época escribió para el teatro Solaces de un prisionero, La morisca de Alajuar y El crisol de la lealtad, concluyendo y dando a luz su obra más popular: los Romances históricos.

De nuevo el curso de los sucesos políticos le obligó a alejarse de Madrid para fijar su estancia en Sevilla, donde su infatigable musa le inspiró el juguete que lleva por título El parador de Bailén y el drama fantástico El desengaño de un sueño. En Sevilla permaneció dos años, pues habiéndole elegido senador por los de 43, tuvo que trasladarse a la corte, donde ocupó la presidencia de la Alta Cámara, hasta que, hallándose en el poder don Luis González Bravo, fue enviado a representar nuestro país en la corte de Nápoles.

De esta época datan sus mejores poesías líricas y el apreciable libro en que se reveló como prosista distinguido e historiador notable. La Historia de la sublevación de Nápoles, capitaneada por Massaniello, es efectivamente una obra digna de los grandes elogios que se le han tributado.

Concluída su misión en Nápoles, volvió a España, donde se mantuvo hasta cierto punto alejado de la política, hasta que, en 1854, formó con Ríos Rosas, con el general Córdova y algunos otros hombres políticos notables, el ministerio que, creado para prevenir un conflicto, no pudo evitarlo y duró apenas dos días.

Después, y durante el mando del general Narváez, en 1857, fue nombrado embajador en París. Más tarde ocupó la presidencia del Consejo de Estado, puesto que, al agravarse de sus dolencias, tuvo que abandonar, no sin recibir al mismo tiempo como muestra de la alta estimación en que se le tenía, el collar de la insigne orden del Toisón de Oro.

Tal es, en resumen, el cuadro de la agitada y gloriosa vida del hombre eminente cuya pérdida lamentamos hoy como irreparable y cuya memoria se apresuran a honrar de extraordinaria y desusada manera, así las corporaciones científicas que han tenido el honor de contarle entre sus

individuos, como todos los escritores que veían en él una gloria de la patria, tan respetable por sus talentos como por sus nobles prendas.
Madrid, 1865.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

